

PRESENTACIÓN

Historias ambientales de América Latina en el siglo xx

Viridiana Hernández Fernández

Departamento de Historia, Universidad de Iowa

La historia ambiental como especialidad del quehacer histórico comenzó a cobrar fuerza en la academia europea y estadounidense en la década de 1960. En aquellos años se hacían más evidentes los efectos del Antropoceno, la era de los seres humanos, la cual inició con la Revolución Industrial a finales del siglo XVIII, según los expertos. A partir de ese siglo, pero con mayor énfasis tras la Segunda Guerra Mundial —el periodo de la “gran aceleración”—, la magnitud de los cambios sociales y tecnológicos ha alterado tanto los patrones climáticos como la calidad del aire. También se han exterminado especies animales y vegetales, erosionado los suelos y trastocado espacios locales a un grado tal que, en análisis optimistas, se habla de un deterioro de los ecosistemas, mientras que la visión más radical indica un colapso climático.

No es de sorprender entonces que, desde distintos enfoques disciplinarios, el estudio del medio ambiente cobrara mayor relevancia cuando la gran aceleración del Antropoceno se tornaba alarmante. Surgían las preguntas: ¿cómo llegamos a esto?, ¿qué factores contribuyeron? La bióloga marina y conservacionista Rachel Carson abrió camino al esfuerzo por responder estas preguntas con su libro seminal *Primavera silenciosa* (1962), en el que documentó el daño ambiental causado por el uso indiscriminado de pesticidas químicos y la falta de regulación de la industria que los produce, así como la información errónea que esta difundía sobre los efectos de sus productos. *Primavera silenciosa* rompió el silencio respecto al estudio del pasado, sus cambios y continuidades, desde el prisma medioambiental. Poco tiempo después aparecieron nuevos trabajos en los que se discutieron las transfor-

maciones ecológicas de gran escala y temporalidad, como el “intercambio colombino”, que tuvo lugar a partir de la conquista de América a finales del siglo xv, hasta las causas y los efectos de alteraciones de espacios ecológicos específicos, como el ocurrido en Nueva Inglaterra, debido a las dispares acepciones de propiedad de la tierra entre grupos nativos y colonizadores.¹ Si bien la producción en Latinoamérica fue modesta, en los años setenta, el uruguayo Eduardo Galeano, en *Las venas abiertas de América Latina* (1971), sacó a la luz cinco siglos de extracción y explotación de los recursos de esta región para consolidar la riqueza europea y de Estados Unidos.

Con el tiempo, la historiografía ambiental —de y desde América Latina— comenzó a cobrar más fuerza. Para las décadas de 1980 y 1990, ya se contaba con algunos ensayos y publicaciones que narraban el cambio ecológico inducido por la acción humana en distintas zonas de la región. Como señalan Claudia Leal, John Soluri y José Augusto Pádua (editores), en *Un pasado vivo: Dos siglos de historia ambiental latinoamericana* (2019), fue en el inicio de este siglo cuando se vio el despunte de la historia ambiental de América Latina, con una marcada preocupación por la deforestación en los países de la región, la relación de agentes humanos y no humanos en lugares tropicales de producción agrícola y la nacionalización de la naturaleza mediante diversos proyectos de consolidación del Estado-nación.

Hoy tenemos una producción académica más sólida. Contamos con trabajos que analizan los cambios ecológicos de larga temporalidad, como la transformación de bosques en plantaciones de caña de azúcar en el Caribe a partir de 1492, y también cambios que, aunque sucedieron en una temporalidad más corta, tienen grandes efectos. Este es el caso de la transición del uso de energías mecánica, hidráulica y eólica, a mediados del siglo xix, al desarrollo de una industria basada en el uso de combustibles fósiles en México, en la década de 1950.²

¹ Véase Alfred W. Crosby Jr., *Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*, Westport, Praeger, 2003; y William Cronon, *Changes in the Land: Indians, Colonists and the Ecology of New England*, Nueva York, Hill and Wang, 2003.

² Para el primer caso, véase Reinaldo Funes Monzote, *From Rainforest to Cane Field in Cuba: An Environmental History since 1492*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2008. Para el caso de México, véase Germán Vergara, *Fueling Mexico: Energy and Environment, 1850-1950*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.

El vigor de los últimos veinte años en la producción académica de la historia ambiental de América Latina nos ha ayudado a repensar temas como el surgimiento de inequidades sociales en la región o los momentos de agitación social desde otra lente y, con ello, nos ha motivado a considerar nuestro pasado con otras temporalidades.

Esta edición de *Istor* es una invitación a seguir reconceptualizando los cambios y continuidades del pasado a través del prisma de las relaciones entre las sociedades humanas y el contexto ecológico en América Latina. No es la primera vez que *Istor* extiende una invitación así. El número 67, publicado en el verano de 2017, versó también sobre historias ambientales. Este número continúa esa conversación y subraya las tendencias transnacionales que conectan las historias ambientales de América Latina entre sí y con el entorno global. Por ello, este número no es acerca de la historia ambiental latinoamericana, sino de historias ambientales que han cruzado a la región. El propósito es doble: primero, repensar el pasado de América Latina al incorporar nuevos actores y descentralizar la acción humana; segundo, posicionar a la región en un espacio global amplio.

El número comienza con la emergencia de la apicultura moderna en el Caribe. En palabras de Angélica Márquez-Osuna: “Aunque a simple vista la miel parece un producto tradicional, su forma de producción y extracción tiene una historia paralela a los proyectos de modernización e industrialización que guiaron las agendas agropecuarias del siglo xx”. La apicultura moderna se basa en el uso extensivo y exclusivo de una especie de abeja que, si bien no es nativa del continente, llegó desde la conquista biológica de América. A pesar de ser residente de América desde hace quinientos años, alcanzó los niveles de población necesarios para producir miel de forma comercial hasta mediados del siglo xix. Y es que, sin importar el ansia colonialista, transportar colmenas en viajes transatlánticos no era nada sencillo. Márquez-Osuna da cuenta de las intervenciones y descubrimientos que consolidaron la apicultura moderna en el siglo xx en regiones tropicales del continente americano, sobre todo en el Caribe, en donde la modernización de la apicultura desplazó a las especies nativas y reconfiguró un conocimiento y una tecnología que se habían resistido a perecer en la Colonia y durante el siglo xix.

La tecnología, como eje rector, se desbordó también en materia energética. El paso del uso de carbón mineral a la adopción de la hidroeléctrica en

la Ciudad de México, a inicios del siglo xx, es más que una historia de transición energética. Reynaldo de los Reyes discute cómo el interés de los poderes político y económico, nacionales y extranjeros, por regular y controlar el agua constituía también un interés por controlar a las poblaciones rurales y lograr una transformación radical del espacio en nombre del progreso. Sin embargo, las visiones colonizadoras resultaron insuficientes para contener ambas fuerzas: la hidráulica y la social. Hacia 1920, la generación de energía eléctrica para la siempre creciente Ciudad de México recaía ya en el ascendente uso de una tercera fuente de energía.

También incontrolables han sido las emergencias y los desastres naturales en América Latina. Tras el terremoto de 1931 en la capital de Nicaragua, siguió el fuego. El incendio parecía imbatible y calcinaba de forma acelerada las edificaciones y las esperanzas de los nicaragüenses. Sin embargo, en palabras de Myrna Santiago, “lo que distinguió al terremoto de Managua de 1931 fue el contexto político. Nicaragua se encontraba ocupada por los *marines* de los Estados Unidos”. Una emergencia natural en un espacio ya cruzado por otra emergencia social, la ocupación militar, propone, por supuesto, preguntas que corren en ambos sentidos: ¿qué significó el terremoto para la ocupación estadounidense en Nicaragua?, ¿y qué significó la ocupación para el terremoto? En su contribución, Myrna nos recuerda que, si bien los terremotos son naturales, sus efectos y consecuencias trascienden a lo económico y social.

Otro movimiento drástico sacudió a El Salvador a mediados del siglo xx con repentina fuerza. No se trató de un terremoto, pero sí de la transformación radical del agro. Desde el enfoque medioambiental, después del “intercambio colombino” que inició a finales del siglo xv, el momento crucial que redefinió el agro latinoamericano fue la revolución verde del siglo xx. Como Diana Méndez la define, la innovación agrícola, cimentada en el desarrollo de semillas híbridas, el uso de fertilizantes y la maquinaria para incrementar la productividad agrícola, fue un parteaguas no solo en las prácticas agronómicas de la región, sino en las relaciones humanas con su entorno ecológico, transformando espacios determinados en vastos campos de monocultivos. La historiografía de la revolución verde en América Latina nos remite de forma inmediata a la centralidad de los Estados y las fundaciones filantrópicas estadounidenses en la transferencia de tecnología

agrícola de norte a sur. En su contribución, Diana nos habla de la experiencia salvadoreña con la revolución verde. Esta se centra en una diversidad de actores que incluye campesinos, cooperativistas, agrónomos e, incluso, religiosos, y se aleja de la narrativa dominante de transferencia tecnológica unidireccional de la región.

Con el mismo ánimo de enfatizar la centralidad de diversos actores, Emily Wakild trae a la conversación a aquellos que han acompañado de forma esencial el quehacer humano, pero que, en muchas ocasiones, permanecen tras bambalinas en la narrativa histórica: los animales silvestres. ¿Qué hay detrás de las campañas por conservar este tipo de especies? ¿Qué determina su éxito o fracaso? Emily examina estas interrogantes a la luz de las campañas emprendidas en Perú para salvar a la vicuña desde 1964 y hasta el año 2000.

Por último, la dominancia narrativa de los tratados de libre comercio y la libre competencia en el ámbito económico y político de finales del siglo xx e inicios del XXI invita a asumir que los mercados en sí mismos determinaron patrones de consumo en un terreno cargado de teoría neoliberal y vacío ecológico. Las conexiones aguacateras entre California, Estados Unidos, y Michoacán, México, lo cuestionan. Las industrias aguacateras californiana y michoacana han mantenido una conexión que antecede por más de medio siglo al Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que entró en vigor en 1994. Esta conexión ha sido también mucho más diversa que una simple relación de producción y consumo. El tono de las relaciones entre productores, campesinos, científicos y burócratas, en ambos lados de la frontera, ha sido determinado por las cambiantes condiciones ecológicas de California y Michoacán a lo largo del siglo xx. En este número de *Istor* doy cuenta de ello.

Los autores y yo deseamos que este *dossier* permita una incursión interesante en algunas historias ambientales de Latinoamérica y el Caribe. La historiografía ambiental, de y desde la región, se encuentra en franco crecimiento y cada vez son más las personas interesadas en entender y analizar nuestro pasado a través de este enfoque metodológico. Es una fortuna que *Istor* brinde espacio para mantener estas conversaciones y agradecemos que ustedes, estimados lectores, se acerquen a ellas. ❧